

PRIMERA PARTE

Un estallido en el cielo

1

Todos los robots que funcionan se parecen entre sí; pero cada robot que deja de funcionar falla por un motivo específico.

En casa de los Oblonski reinaba la confusión. La esposa había descubierto que su marido tenía una relación sentimental con la joven francesa que había trabajado para ellos como *mécanicienne*, encargada del mantenimiento de los robots Categoría I y Categoría II de la casa. Sorprendida y horrorizada por semejante descubrimiento, la mujer había anunciado a su marido que no podía seguir viviendo bajo el mismo techo con él. La situación duraba ya tres días, y no sólo el marido y la esposa, sino todos los robots de la casa estaban profundamente afectados por ella. Los de Categoría III eran conscientes del malestar de sus respectivos amos, y los de Categoría II pensaban, a su rudimentario nivel, que no era lógico que los tuvieran a todos amontonados, y que las máquinas destinadas al desguace, arrinconadas como chatarra en la Planta de Tratamiento de Robots en Vladivostok, tenían más en común entre sí que ellos, los servomecanismos de la familia Oblonski.

La esposa se negaba a abandonar sus aposentos: el marido hacía tres días que no aparecía por casa. La Institutriz/D145/II, cu-

yos circuitos de instrucciones estaban irremediabilmente trastocados, llevaba tres días dando clase a los hijos de los Oblonski en armenio en lugar de en francés. El Lacayo/C(c)43/II, un autómeta por lo general muy fiable, anunciaba a voz en cuello visitas inexistentes a todas horas del día y de la noche. Los niños correteaban sin control por toda la casa. Un Cochero/47-T/II había atravesado la recia madera de la puerta de entrada montado en un trineo y había destruido a un Protector Horario/14/I, uno de los objetos más preciados del padre de Oblonski.

Tres días después de la disputa, el príncipe Stepan Arkadich Oblonski —Stiva, como le llamaban en el mundo de la alta sociedad— se despertó a las ocho de la mañana, no en el dormitorio de su esposa, sino en la unidad de confort Categoría I, climatizada y dotada de oxígeno, en su estudio. Le despertó el habitual y estrepitoso *cataplón cataplón* de los pies de unos robots calzados con botas pisando la nieve, al tiempo que un regimiento de guardias 77 avanzaba a paso de marcha por la avenida frente a la casa.

«Nuestros incansables protectores», pensó complacido, bendiciendo al Ministerio mientras volvía su fornido y bien cuidado cuerpo para sumirse de nuevo en un sueño prolongado. Abrazó con energía la almohada al otro lado y sepultó el rostro en ella; pero se incorporó bruscamente, golpeándose su rotunda frente contra el techo de cristal de Confort/6/I, y abrió los ojos.

De repente recordó que no dormía en el dormitorio de su esposa, sino en su estudio, y el motivo: la sonrisa se borró de su rostro y frunció el ceño.

El Pequeño Stiva, el compañero robot Categoría III de Stepan Arkadich, entró alegremente en la habitación sobre sus cortas piernas accionadas por pistones, portando las botas de su amo y un telegrama. Stiva, que aún no estaba preparado para acometer sus deberes cotidianos, pidió a su Categoría III que se acercara un poco más, tras lo cual se apresuró a oprimir tres botones debajo de la pantalla rectangular situada en el torso del Pequeño Stiva. A continuación se recostó con gesto sombrío en el Confort/6/I, mien-

tras cada detalle de la disputa con su esposa aparecía en el monitor del Pequeño Stiva, iluminando la desdichada situación de Stiva y, peor aún, la falta que había cometido.

—Sí, ella no me perdonará, no puede perdonarme —se lamentó Stepan Arkadich cuando la Memoria finalizó. El Pequeño Stiva emitió una exclamación tranquilizadora y dijo:

—*No se desanime, amo, quizá le perdone.*

Stiva despachó con un ademán las palabras de consuelo.

—Lo más terrible es que es culpa mía, yo he tenido la culpa, aunque no soy culpable. Ése es el meollo de la cuestión.

—*Desde luego* —convino el Pequeño Stiva.

—¡Ay, ay, ay! —gimió Stiva desesperado, mientras el Pequeño Stiva se acercaba sobre sus piernas motorizadas, inclinaba el torso de su cuerpo menudo y achaparrado 35 grados hacia delante y restregaba su cabeza en forma de huevo en un gesto gatuno contra el vientre de su amo. Stepan Arkadich reactivó la Memoria sobre el monitor y contempló desolado la parte más ingrata: el primer minuto, cuando, a su llegada del teatro, contento y de buen humor, portando una magnífica pera para su esposa, la encontró en su dormitorio contemplando el fatídico comunicado que lo revelaba todo.

Ella, su Dolly, siempre pendiente y preocupándose de todos los detalles domésticos, supervisando a la *mécanicienne*, limitada en sus ideas, estaba sentada inmóvil mientras Dolichka, su monitor Categoría III, mostraba el incriminatorio comunicado. Miró a su marido con una expresión de horror, desesperación e indignación. Dolichka, pese a la redondeada simplicidad de sus formas, parecía tan trastornada como su ama, y sus ojos circulares de color melocotón relucían furiosos en su placa facial ovoide color plata.

—¿Qué es esto? —inquirió Dolly señalando nerviosamente las imágenes que aparecían en el torso de Dolichka.

Como pasa a menudo, a Stepan Arkadich, más que el hecho en sí le enojaba la forma en que había reaccionado a las palabras de su esposa. Lo que le ocurrió en ese instante es lo que suele ocurrir-

les a las personas cuando las pillan en algo profundamente vergonzoso. No consiguió adaptar la expresión de su rostro a la situación en que quedó ante su mujer cuando ésta descubrió la falta que había cometido. En lugar de mostrarse dolido, negar los hechos, defenderse, implorar su perdón, mostrar incluso una actitud indiferente —cualquier cosa habría sido mejor que lo que hizo—, su semblante asumió de forma totalmente involuntaria (un reflejo de la columna vertebral, dedujo Stepan Arkadich, quien, debido a su trabajo en el Ministerio, conocía la sencilla ciencia de la respuesta motora) su habitual sonrisa jovial y bobalicona. Lo que es peor, el Pequeño Stiva emitió unos ruiditos nerviosos, indicando con toda claridad una serie de pensamientos culpables.

Dolly se estremeció como aquejada por un dolor físico, soltó con su característica vehemencia una andanada de crueles epítetos y salió apresuradamente de la habitación, seguida por Dolichka, brincando de forma neumática tras ella. Desde entonces Dolly se había negado a ver a su marido.

—Pero ¿qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer? —preguntó éste al Pequeño Stiva con gesto de desesperación, pero el pequeño Categoría III no tenía una respuesta.

2

Stepan Arkadich era un hombre sincero en sus relaciones consigo mismo. No era el tipo de persona que dice a su Categoría III pequeñas mentiras para tranquilizarse, y el Pequeño Stiva estaba programado para consolar, pero no para ofrecer o confirmar sus impresiones deshonestas. De modo que Stiva era incapaz de fingir que se arrepentía de su conducta, ni ante sí mismo ni ante su Categoría III. En estos momentos no podía arrepentirse del hecho de que él, un hombre de treinta y cuatro años, apuesto y susceptible al amor, no estaba enamorado de su esposa, madre de cinco hijos vivos y dos muertos, sólo un año menor que él. De lo único que se arrepentía era de no haber logrado ocultárselo a su esposa. Pero sentía la dificultad de su situación y lo lamentaba por su mujer, sus hijos y él mismo. Es posible que de haber imaginado el efecto que su descubrimiento tendría en su esposa habría procurado ocultar mejor sus pecados. Había supuesto vagamente que su mujer sospechaba desde hacía tiempo que le era infiel, pero había preferido no darse por enterada. Incluso había supuesto que ella, una mujer ajada que ya no era joven ni hermosa, que no poseía ninguna cualidad singular o interesante, tan sólo la de ser una buena madre, debía, por un sentido de justicia, adoptar una actitud indulgente. Pero había ocurrido todo lo contrario.

Puso en marcha distraídamente la Caja Galena, confiando en que el suave movimiento del artilugio Categoría I producido por los delgados paneles de groznio tendría su habitual y saludable efecto sobre su estado de ánimo.

—¡Es terrible! —dijo Stepan Arkadich al Pequeño Stiva, que repitió como un eco «*terrible, terrible, terrible!*» desde su Vox-

Em, pero a ninguno se le ocurría una solución—. ¡Con lo bien que iba todo!

—*Con lo bien que se llevaban* —observó el Categoría III asumiendo su acostumbrado papel de reconfortante compañero y confidente.

—¡Se sentía tan feliz y contenta con sus hijos!

—*¡Usted no se metía nunca en sus cosas!*

—Dejaba que se ocupara de los niños y de los Categorías I y II, como ella deseaba. Reconozco que es un mal asunto que la otra trabajara de *mécanicienne* en casa.

—*¡Sí, malo! ¡Muy muy muy muy malo!*

—Hay algo grosero y vulgar en coquetear con la *mécanicienne* de la familia, en mancharse los puños de grasa, como suele decirse. ¡Pero qué *mécanicienne*!

Respondiendo sin vacilar a la petición implícita de su amo, el Pequeño Stiva activó su monitor con un halagador Recuerdo de Mademoiselle Roland: sus ojos negros y pícaros; su sonrisa; su figura insinuándose a través de su mono plateado.

Stiva suspiró, el Pequeño Stiva hizo lo propio, y ambos murmuraron al unísono: «¿Qué vamos a hacer?»

El Pequeño Stiva poseía una función comunicativa empática relativamente avanzada, comparada, por ejemplo, con Dolichka, el Categoría III de Dolly, cuyo Vox-Em apenas era capaz de producir unas pocas frases, pero por otra parte tenía unos accionadores finales dotados de un uso más avanzado. Los breves apéndices que brotaban del centro del torso del Pequeño Stiva no cumplían su función, consistente en asir y manipular objetos, con la perfección que cabía desear. Sus cortas piernas funcionaban bien sobre sus pistones, pero el Categoría III de Stiva era a todos los efectos un torso y una cabeza muy hábiles. En los momentos de pique o cuando se burlaba de él en tono jovial, Stiva le llamaba su pequeño y diligente samovar.

Tras emitir un profundo suspiro que hizo que se dilatara su poderoso y desnudo pecho, Stepan Arkadich se acercó a la ventana

con su habitual paso decidido, girando sus pies, que soportaban su corpulenta figura sin mayores problemas, hacia fuera. Subió la persiana e indicó al Pequeño Stiva que le trajera su ropa y sus botas y activara el Acicalador/943/II. El autómata Categoría II se puso en marcha, desdoblando y extendiendo desde los costados de su cuerpo del tamaño de una sombrerera unos «brazos» largos y planos mientras avanzaba hacia Stiva sobre sus gruesos pies dotados de ruedas. Cuando Stiva se instaló en su cómoda butaca y alzó el rostro y el cuello, uno de los accionadores finales del Categoría II produjo una espesa crema de afeitar, mientras en el otro aparecía una reluciente navaja de barbero plateada.

Mientras el Acicalador/943/II enjabonaba con cuidado las mejillas y la barbilla de Stepan Arkadich, el Pequeño Stiva emitió tres pitidos agudos y metálicos: en ese momento llegaba un comunicado. Stiva indicó a su querido compañero que se lo mostrara, y al cabo de unos instantes en su rostro se dibujó una expresión de alegría.

—Mi hermana Ana Arkadievna llega mañana —dijo observando durante unos momentos el sendero rosado que el eficiente accionador final del Acicalador/943/II había abierto a través de sus largos y rizados bigotes.

Cuando el comunicado de Ana Arkadievna concluyó, toda la pantalla frontal del Pequeño Stiva se iluminó intensamente, y su reluciente cabeza en forma de huevo comenzó a girar rápidamente sobre su cuerpecillo. Al igual que su amo, el autómata había comprendido la importancia de este hecho, esto es, que Ana Arkadievna, la hermana por la que Stiva sentía gran cariño, quizá consiguiera propiciar una reconciliación entre marido y mujer.

—¿Sola o con su esposo? —preguntó el Categoría III.

Cuando Stiva abrió la boca para responder, el Acicalador/943/II emitió un alarido agudo y penetrante como una tetera cuando el agua empieza a hervir y le clavó la navaja en el labio superior, causándole un corte tan profundo que Stiva apartó la cara y soltó un grito.

—¡Ay, ay! —chilló de dolor mientras de la herida manaba un hilo de sangre caliente que le cayó en la boca y se deslizó por su cuello. El Categoría II volvió a emitir un alarido ensordecedor al tiempo que su accionador final que sostenía la navaja se disponía a infligir a su amo un segundo corte. Stepan Arkadich alzó débilmente las manos ante su rostro, tratando de protegerse los ojos y apartar la desagradable nube de perfume dulzón que el Acicalador/943/II rociaba desde el tercer compartimento situado en la base de su torso. El Categoría II dirigió su accionador final manchado de sangre directamente hacia el rollizo cuello de Stepan Arkadich, hiriéndole en la nuez y estando a punto de sajarle la arteria carótida.

Stepan Arkadich se puso a gritar como un poseso a través de la barahúnda provocada por los febriles pitidos del Categoría II.

—¡Este chisme se ha estropeado! ¡Tiene intenciones malévolas! ¡Pequeño Stiva!

Pero el Pequeño Stiva, programado de acuerdo con las Leyes de Hierro para defender a su amo incluso más allá de su propia destrucción, ya se había puesto en marcha. El leal Categoría II se inclinó hacia delante en un ángulo de cuarenta y cinco grados y se lanzó como una pequeña bala de cañón contra la estructura de metal negra del robot averiado. Embistió al Acicalador/943/II, derribándolo al suelo y arrojándolo al otro lado de la habitación, donde se estrelló contra la superficie de cristal de la unidad de confort.

—¡Bravo, pequeño samovar! —exclamó Stepan Arkadich a través del pañuelo que oprimía sobre su labio en un intento un tanto infructuoso de restañar el chorro rojo que manaba de su rostro.

Los espeluznantes alaridos del Categoría II no habían cesado, y la unidad acicaladora averiada era más peligrosa de lo que Stepan había supuesto. El autómata se enderezó y atravesó la estancia con diabólica energía, girando como un giroscopio, disparando unas bolas calientes y espesas de crema de afeitar hacia los ojos de su amo al tiempo que agitaba su accionador final con el que sostenía

la navaja de barbero en unos círculos feroces y mortales. Oblonski retrocedió hacia el rincón, alzando los brazos en un desesperado intento de protegerse.

El Pequeño Stiva, dotado de un funcionamiento más rápido y complejo que el más hábil de los robots Categoría II, y del que este simple Acicalador robotizado ciertamente carecía, se apresuró a cerrar el paso a la pequeña máquina. Deteniéndolo con un accionador situado en la sección central, el Pequeño Stiva abrió su torso mostrando el horno de groznio incandescente que ardía en su interior. De improviso soltó al Acicalador/943/II, dejando que el subversivo autómatas cayera hacia delante y se precipitara dentro del horno en su torso, tras lo cual cerró la puerta de éste.

—Cielo santo, jamás había visto una avería tan seria en un Categoría II, capaz de contravenir descaradamente las Leyes de Hierro —murmuró Stepan Arkadich enjugándose con el faldón de su camisa la sangre que manaba del corte en el labio—. Menos mal que tú estabas presente, *mon petit ami*.

El Pequeño Stiva silbó con orgullo y atizó durante unos instantes su horno de groznio, en el cual se oía el chisporroteo de los polímeros del Acicalador/943/II que se desintegraban. El revestimiento y los adornos quedarían destruidos, pero los miles de piezas de groznio, indestructibles y reutilizables, serían «interiorizadas», mediante un asombroso proceso, en la infraestructura bioquímica del Pequeño Stiva.

Stepan Arkadich logró por fin incorporarse y miró a su alrededor en busca de una camisa limpia, cuando de pronto Dolichka entró afanosamente en la habitación emitiendo su característico zumbido.

En su monitor aparecía un simple mensaje: «Daría Alexándrovna se marcha». Cuando Stiva lo hubo leído con gesto sombrío y asentido con la cabeza, Dolichka dio media vuelta sobre sus gruesas piernas de metal y salió. Tras guardar silencio unos momentos, en el agraciado semblante de Stepan Arkadich se pintó una sonrisa entre jovial y patética.

—¿Qué te parece, Pequeño Stiva? —preguntó meneando la cabeza.

El androide volvió la cabeza por completo, emitiendo un alegre resplandor en su monitor central, y contestó:

—*No se preocupe, amo. Todo saldrá bien.*

El robot sostuvo la camisa limpia de Stepan Arkadich con un accionador situado en su torso como si se tratara de los arreos de un caballo, y, tras eliminar una mota invisible con un chorro de aire proyectado desde su tercer compartimento, la colocó sobre el cuerpo de su amo.

3

Pese a su tristeza y natural irritación por haber tenido que sacrificar a un eficiente robot Categoría II, Stepan Arkadich entró con paso decidido en el comedor, donde le esperaba un café bien caliente, servido por el Samovar/1(8)/I.

Mientras se bebía el café, activó el monitor del Pequeño Stiva para leer el primero de varios comunicados relacionados con sus negocios que debía revisar. Uno era extremadamente desagradable, de un comerciante que iba a comprar una pequeña pero valiosa parcela de tierra que contenía groznio en la propiedad de la esposa de Stepan. Venderle esta propiedad era esencial; pero en estos momentos, hasta que no se reconciliara con su mujer, el tema quedaba fuera de toda discusión. Lo más desagradable era que su interés pecuniario incidiera en su reconciliación con Dolly. Y la idea de que pudiera sentirse influido por sus intereses, que tratara de buscar una reconciliación en función de la venta de la parcela, le dolía profundamente.

Cuando terminó de revisar sus comunicados, despachó al Pequeño Stiva y, tras paladear un trago de café, se entretuvo leyendo las noticias matutinas en el *feed*, un canal de información que recibía a través de un monitor.

Stepan Arkadich leía un *feed* de ideología liberal, no extremista, que defendía los puntos de vista compartidos por la mayoría. Al igual que el partido liberal y su *feed*, sostenía que el matrimonio era una institución anacrónica, que necesitaba reformarse; que la religión era sólo un freno para mantener a raya a las clases bárbaras del pueblo; que el avance de la tecnología era demasiado lento, especialmente en el ámbito de la vocalización y acción/reacción de

los Categoría III; y que no cabía misericordia alguna para los terroristas y asesinos del SinCienPados (Sindicato de Científicos Preocupados), por más que esos terroristas insistieran en que luchaban precisamente para alcanzar ese progreso tecnológico.

Tras digerir el artículo que acababa de leer y beber una segunda taza de café acompañada por un bollo con mantequilla, Oblonski se levantó, sacudió las migas del bollo adheridas a su chaleco y, enderezando sus anchos hombros, sonrió satisfecho, pero no porque pensara en nada particularmente agradable; su sonrisa de satisfacción estaba propiciada por una buena digestión y las suaves oscilaciones de la Caja Galena.

En esos momentos el Pequeño Stiva entró de nuevo en la habitación y recitó un mensaje alegremente.

—*El coche está preparado* —dijo—, *y ha venido a verlo alguien con una petición.*

—¿Hace mucho que ha llegado? —preguntó Stepan Arkadich.

—*Media hora.*

—¿Cuántas veces te he dicho que me informes enseguida?

—*Debo dejar que se beba el café en paz* —respondió el Pequeño Stiva con ese tono afectuoso y metálico que hacía que fuera imposible disgustarse con él. Por enésima vez, Stepan Arkadich se prometió mandar que ajustaran los circuitos más relevantes del Categoría III, a fin de que atendiera con más prontitud sus deberes y dejara de distraerse con la grata sensación de deseos percibidos, pero sabía que jamás lo lograría.

—Bien, haz pasar a esa persona de inmediato —dijo Oblonski frunciendo el ceño enojado.

Después de despachar al peticionario, Stepan Arkadich tomó su sombrero y se detuvo para pensar en si había olvidado algo. Al parecer no había olvidado nada, salvo lo que deseaba olvidar: su esposa.

—¡Ah, sí! —Inclinó la cabeza al tiempo que su agraciado rostro asumía una expresión de agobio—. ¡Ir o no ir! —dijo al Peque-

ño Stiva, que hizo un delicioso gesto imitando a un ser humano encogiéndose de hombros. Una voz interior advirtió a Stiva que no debía ir, que ello no conduciría más que a la falsedad; que era imposible subsanar sus relaciones con su esposa, porque era imposible que ésta recobrar su atractivo y le inspirara amor, o que él se convirtiera en un anciano no susceptible al amor. Salvo el engaño y el embuste, no sacaría nada con ello; y el engaño y el embuste eran contrarios a su naturaleza.

—Pero tarde o temprano tendré que hacerlo, no podemos seguir así —dijo al Pequeño Stiva, que respondió: «*No, no pueden seguir así*». Animado por esas palabras, Stiva enderezó la espalda, sacó un cigarrillo, dio dos caladas y lo arrojó a un cenicero de madreperla Categoría I, que al instante y automáticamente se llenó con un dedo de agua, apagando la colilla. Oblonski atravesó la sala con paso rápido y abrió la otra puerta que daba acceso al dormitorio de su esposa.

4

Daríá Alexándrovna, cubierta con una mañanita, con su cabellera ahora escasa, antes espesa y hermosa, recogida con unas horquillas en la nuca, estaba de pie ante una cómoda abierta, rodeada por un montón de objetos diseminados por toda la habitación. Al oír los pasos de su marido, se detuvo y miró hacia la puerta; Dolichka, moviendo sus cejas hasta darles forma de uve, asumió una expresión severa y despectiva. Tanto Dolly como su compañera androide temían a Stepan Arkadich y la entrevista que se avecinaba. Trataban de hacer lo que habían tratado de hacer diez veces en los tres últimos días —empacar las cosas de los niños para llevarlos a casa de la madre de Dolly—, pero Daríá Alexándrovna se sentía incapaz de hacerlo. Como las veces anteriores, dijo a Dolichka:

—¡Las cosas no pueden seguir así! ¡Debo tomar alguna medida para castigarlo!

Y como siempre Dolichka confirmó sus opiniones, apoyándola en todo, haciendo lo que constituía el único propósito de su existencia.

—¡Lo abandonaré! —declaró Dolly, y Dolichka repitió con su metálica voz de soprano: «¡Sí! ¡Abandónelo!» Pero Dolly sabía en su fuero interno lo que Dolichka, debido a las mecánicas limitaciones de su imaginación, no podía comprender: que le era imposible abandonarlo. Le era imposible porque Daríá Alexándrovna no podía dejar de considerarlo su esposo y amarlo. Por lo demás, comprendía que si aquí, en su casa, apenas era capaz de ocuparse de sus cinco hijos como es debido, junto con las docenas de robots Categoría II e innumerables Categoría I, todos saldrían perjudicados si los trasladaba a otro lugar.

Al ver a su marido, seguido de cerca por la odiosa forma oblonga del Pequeño Stiva, Dolly metió las manos en el cajón de la cómoda como si buscara algo. Pero su rostro, al que trató de conferir una expresión severa y decidida, delataba su confusión y sufrimiento.

—¡Dolly! —dijo Stepan Arkadich con voz queda y tímida, mientras el Pequeño Stiva avanzaba hacia Dolichka con el torso inclinado hacia delante en actitud de súplica.

Con un rápido vistazo, Dolly tomó nota del aspecto de su esposo y de su robot. Tanto el hombre como la máquina irradiaban salud y lozanía.

—¡Sí, está contento y feliz! —murmuró la mujer a Dolichka, y el Vox-Em de su Categoría III emitió la amarga confirmación:

—*Contento. Feliz.*

—En cambio yo... —continuó Dolly, pero su boca se tensó y los músculos de su mejilla se crisparon en el lado derecho de su rostro pálido y agitado—. ¿Qué quieres? —preguntó a su marido con tono apresurado, grave y poco natural.

—¡Dolly! —repitió Stepan Arkadich con voz trémula—. Ana y Androide Karenina llegan hoy.

—¿Y a mí qué me importa? ¡No puedo recibirlas! —exclamó su esposa.

—Debes hacerlo, es preciso, Dolly...

—¡Vete, vete, vete! —gritó ésta sin mirarle, como si ese grito estuviera provocado por un dolor físico.

La Caja Galena, cuyos simples sensores externos eran capaces de captar las tonalidades vocales que indicaban una alteración emocional, reaccionaron pulsando con mayor rapidez.

Stepan Arkadich podía mostrarse sereno al pensar en su esposa, podía abstraerse leyendo las noticias en el *feed* y bebiendo el café que el Samovar/1(8)/I le servía; pero cuando vio la expresión angustiada y dolorida de su mujer, oyó el tono de su voz, sumisa ante la suerte y llena de desesperación, contuvo el aliento, sintió un nudo en la garganta y las lágrimas afloraron a sus ojos.

—¡Dios santo! ¿Qué he hecho? ¡Dolly! ¡Por el amor de Dios! Sabes que... —Pero Stiva no pudo proseguir, pues su voz se quebró con un sollozo—. ¿No podríamos...? —preguntó señalando de forma significativa a los dos androides. Dolly asintió con un gesto nervioso y los dos robots Categoría III entraron en estado suspensión, con sus cabezas inclinadas ligeramente hacia delante y sus circuitos sensoriales desactivados para ofrecer a sus amos total intimidad.

—Dolly, ¿qué puedo decir...? —Stiva se detuvo para poner en orden sus ideas; en la habitación no se oía el menor zumbido mecánico ni rumor de un Milli-Maxwell. En medio de ese extraño silencio, prosiguió atropelladamente—: En primer lugar, perdóname... Recuerda, ¿acaso nueve años de mi vida no pueden hacerte olvidar un instante...?

Dolly bajó la vista y escuchó a su marido, imaginando lo que iba a decir, pero implorándole en silencio que la convenciera.

—¿... un instante de pasión? —concluyó él. Habría continuado de no observar que al pronunciar esa palabra los labios de su esposa volvían a tensarse, como presa de un dolor físico, y los músculos de su mejilla derecha temblaban de nuevo. La herida de navaja que tenía Stiva en el labio superior le provocó un dolor que se extendió por todos los nervios de su rostro.

—¡Vete, sal de esta habitación! —le espetó su esposa con un tono más agudo—. Y no me hables de tu pasión y de tu repugnante conducta.

Dolly trató de salir, pero dio un traspies y se sujetó al respaldo de una butaca para no caerse. Una nueva oleada de dolor hizo que el semblante de Stiva se crispara, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Dolly! —dijo sollozando—. ¡Por compasión, piensa en los niños! El culpable soy yo, castígame a mí, oblígame a expiar mi culpa. ¡Estoy dispuesto a hacer lo que sea! ¡El culpable soy yo, no tengo palabras para expresar lo culpable que me siento! ¡Pero te suplico que me perdones, Dolly!

Ella se sentó. Stiva percibió su trabajosa respiración sintiéndose profundamente apenado por ella. Dolly trató varias veces de hablar, pero no podía articular palabra. Él aguardó.

—Dime sí, después de... lo ocurrido, podemos seguir viviendo juntos —respondió Dolly por fin, mirando la figura tiesa y silenciosa de Dolichka, añorando el consuelo de su animada presencia—. ¿Lo crees posible? Dime, ¿es posible —repitió levantando la voz—, después de que mi marido, el padre de mis hijos, ha tenido una relación sentimental con una vulgar *mécanicienne*?

—Pero ¿qué podía hacer yo? ¿Qué podía hacer? —insistió Stiva con tono quejumbroso, sin saber lo que decía, agachando la cabeza avergonzado.

—¡Me resultas odioso, repulsivo! —gritó Dolly cada vez más alterada—. ¡Tus lágrimas no me conmueven! ¡Nunca me has querido; no tienes corazón ni sentimientos nobles! ¡Me resultas odioso, repugnante, un extraño, sí, un extraño! —La mujer pronunció con dolor e ira esa palabra tan terrible para ella: *un extraño*.

Stiva la miró, y la furia que su rostro expresaba le alarmó y sorprendió. No comprendía por qué la compasión que ella le inspiraba la exasperaba hasta ese extremo. Dolly veía en él lástima por ella, pero no amor. *Me odia* —pensó él—. *Jamás me perdonará*.

—¡Dolly! ¡Espera! Una palabra más —dijo.

—¡Dolichka! —exclamó Dolly volviéndose de espaldas a él y accionando agitadamente el interruptor rojo debajo del mentón de su Categoría III; los circuitos de la angulosa mujer-máquina cobraron vida y ambas salieron huyendo de la habitación.

—¡Si te acercas a mí, llamaré a los vecinos, a los niños! ¡Todos los Categoría II de la casa sabrán que eres un canalla! ¡Me marcho ahora mismo, tú puedes quedarte a vivir aquí con tu amante vestida con un mono!

Tras estas palabras Dolly abandonó la estancia dando un portazo.